

## NUEVOS IMPULSOS PARA EL COMPROMISO ECUMENICO DE LOS JESUITAS

La Compañía de Jesús no ha sido considerada clásicamente como una orden religiosa caracterizada por un talante ecuménico, sino más bien todo lo contrario. En la imagen popular de los jesuitas, lo que predomina es su origen como *debeladores del protestantismo*, su *vigorosa actuación al servicio de la ortodoxia católica* durante la Contrarreforma, el carácter incondicional de su vinculación con el Romano Pontífice, no en último término para constituirse en «martillo de herejes» allí donde tal intervención, bajo las múltiples formas concretas de la acción jesuítica, fuera requerida. El que, entre el fundador Ignacio de Loyola y algunos de sus compañeros se dieran manifestaciones explícitas de posturas bastante más matizadas a este respecto, no altera decisivamente los rasgos sustanciales de esta imagen ampliamente difundida entre el gran público.

El propósito de las páginas siguientes no es desmentirla; otros estudios se han encargado y encargan de poner de relieve datos de espiritualidad y en las actuaciones de los jesuitas, cuya consideración es ineludible a la hora de establecer un balance, con las mínimas pretensiones de objetividad. La historia antigua y reciente abunda en ejemplos de admirable y pionera dedicación de miembros de la Compañía de Jesús a la fundamentación teológica o a la realización práctica de cuanto pueda favorecer el mutuo conocimiento y la aproximación entre las Iglesias cristianas. Se puede decir con justicia que esta evolución no sólo ha sido paralela con el desarrollo general del pensamiento ecuménico en la Iglesia católica romana, sino que en ocasiones se le ha adelantado, coadyuvando a su avance y consolidación<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En el informe —no exhaustivo— «*Jesuits and Ecumenism*», presentado por el P. Michael Fahley en el XIII Congreso Internacional de Jesuitas Ecume-

Renunciando a cualquier intento de valoración global de la aportación de los jesuitas a la tarea ecuménica, puede ser oportuno dar cuenta de dos realizaciones de total actualidad, referidas a dicho campo. Con distinto alcance, ambas constituyen sin duda una expresión viva de que la Compañía de Jesús se toma muy en serio este problema, como importante que es para la Iglesia a la que desea servir. Igualmente documentan la voluntad de no contentarse con repetir fórmulas del pasado, sino esforzarse por una renovación que aliente nuevos impulsos para la dedicación ecuménica en el presente y en el inmediato futuro. Se trata de un tema propuesto a toda la Compañía en el contexto de su próxima Congregación General, y de la celebración del XIII Congreso Internacional de Jesuitas Ecumenistas.

## 1. DIÁLOGO ECUMÉNICO Y MISIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

La XXXVª Congregación General de la Compañía ha sido convocada para los primeros días de enero de 1995; sus tareas se extenderán a lo largo de varias semanas. De la importancia de esta asamblea, órgano supremo colectivo en el gobierno de la orden, da idea el hecho de que se hayan celebrado tan pocas en los 500 años de su historia. Integrada por Provinciales y representantes de todas las provincias jesuíticas, a ella le corresponde, llegado el momento, elegir al nuevo Prepósito General, y en cualquier caso establecer las directrices que los tiempos cambiantes van exigiendo para la estructura y apostolado de la orden, dentro de la fidelidad al espíritu que guió su fundación.

Los preparativos para la Congregación General están en marcha desde hace ya varios meses. Una serie de documentos han sido elaborados por grupos de trabajo especializados en las diversas áreas, y entregados al estudio y la reflexión de todos los miembros de la Compañía. Tal dedicación, previa a puntos de central interés, contribuye a avivar la atención general respecto de rasgos considerados sustanciales para la vida y la tarea de la orden en las actuales circunstancias de la Iglesia y la sociedad.

Entre estos documentos, importa destacar aquí el n. 4, dedicado a «Diálogo ecuménico e interreligioso». Ya desde el preám-

---

nistas, se mencionan, sólo por lo que respecta a las últimas décadas, varias docenas de jesuitas con importantes contribuciones a la tarea ecuménica. (Si no se dice lo contrario, los trabajos citados en las notas siguientes pertenecen a este congreso, del que se dará cuenta más abajo en detalle).

bulo se subraya la importancia de este tema al presentarlo como «uno de los desafíos de la misión de la Compañía hoy», al mismo tiempo que se lo sitúa, por razones fácilmente comprensibles, en conexión con la evangelización de las culturas y la promoción de la justicia. Dejando a un lado lo que se dice del encuentro interreligioso, que ocupa de hecho sólo uno de los cinco capítulos del texto y teológicamente, como es bien sabido, exigiría un tratamiento distinto, hay varios aspectos en este documento que me parece interesante destacar, como representativos de la mentalidad actual de los jesuitas respecto del ecumenismo<sup>2</sup>.

El primero de ellos es el buscar rasgos que apoyen una actitud y praxis de diálogo, inspirándose no precisamente en planteamientos estratégicos, ni siquiera en consideraciones teológicas o eclesiológicas generales, sino rastreándolos en la espiritualidad ignaciana. En concreto se mencionan, tomándolos de los *Ejercicios espirituales*, la tendencia a interpretar, bien, lo que dice el interlocutor (EE 22); el discernimiento de espíritus que permite sopesar hacia dónde se debe orientar una conducta inspirada por la voluntad de Dios (EE 169-189); la imagen de un Dios que mira solícito a la humanidad con toda su variedad de creencias, culturas, particularidades (EE 106); la visión de la persona como agente libre de ataduras sectarias y egoístas que le impidan las buenas relaciones con Dios y con los demás (EE 23); y sobre todo, la apertura de corazón que capacita para hallar a Dios en todas las cosas, en los encuentros con personas insertas en otras tradiciones religiosas como en las colaboraciones compartidas en favor de causas sociales. Esta llamada de atención sobre el enraizamiento del talante ecuménico en aspectos típicos de la espiritualidad ignaciana, me parece muy importante y hace tomar conciencia de algo que quizá no había sido percibido hasta ahora con esta claridad.

Sobre tal base, presenta el documento la segunda de sus sugerencias, de la que también cabe esperar una positiva fecundidad. Inspirándose en la misma conducta de su fundador, se ofrecen tres modelos ignacianos de diálogo: el de la presencia evangélica, el del apostolado intelectual y el del servicio y colaboración para la justicia. Peculiar en estos modelos, y quizá desconcertante en un primer momento, es que en ninguno de ellos se trata de llevar adelante, explícitamente, el diálogo ecuménico en el sentido en que se suele entender esta actividad; y sin embargo no cabe duda, y el texto lo fundamenta, de que estas tareas constituyen una aportación al diálogo decisiva, de largo alcance y,

<sup>2</sup> Puede verse el texto íntegro en CIS 25 (1994) 55-70.

quizá debido a la dificultad en verificar su «rentabilidad» directa para el mismo, más abnegada. Por lo demás, ello las pone al alcance de muchos jesuitas a quienes su trabajo concreto no posibilita actividades explícitas en el terreno interconfesional.

A partir de estos presupuestos generales, el documento trata por separado el diálogo con los protestantes y con los ortodoxos. Ambas áreas presentan, en efecto, caracterizaciones distintas. Respecto del protestantismo, los diálogos y declaraciones conjuntas han supuesto un avance, pero también se constata hoy un cierto estancamiento y notables deficiencias en el conocimiento, por parte del pueblo cristiano, de los consensos obtenidos<sup>3</sup>. En cuanto a la Ortodoxia, la situación viene marcada, por un lado, por las rápidas transformaciones sociales y religiosas, consecuencia de los cambios políticos en los países donde ella predomina, y por otro, por las suspicacias y tensiones suscitadas por determinadas actuaciones de la Iglesia Católica<sup>4</sup>.

Es obvio que en estas secciones se incorporan no pocas perspectivas adquiridas por la reflexión ecuménica posconciliar. Así por ejemplo, a propósito del modelo de unidad, respetuoso con los dones de cada tradición, como testimonio «de aspectos del Evangelio que son indispensables para la completa gama de carismas que manifiesta la autocomunicación de Dios». Y también en este contexto se vuelve sobre el enraizamiento que la actitud y realizaciones dialogales deben encontrar en la espiritualidad jesuita: en la renuncia tanto a toda postura de superioridad como a la exigencia de una reconciliación según las condiciones católicas; en el saboreo de una presencia activa de Dios en la historia y en los demás hombres; en un reconocimiento del *Deus semper maior* que capacite para apreciar los caminos por los que otros cristianos han llegado a dar gloria a Dios en sus respectivas expresiones características. Resuena aquí la llamada a renovar, por parte de los jesuitas la dedicación a tareas de frontera, realizaciones en modestia, paciencia y esperanza, a insertarse en la incomodidad de las encrucijadas de religiones y culturas. En definitiva, a la conversión que, es la exigencia primordial de todo progreso en el camino del diálogo y del acercamiento entre los cristianos.

Me parece que este somero reflejo de las líneas principales del documento «Diálogo ecuménico e interreligioso» da suficien-

<sup>3</sup> Cf. a este propósito J. R. Taft, *The Catholic Church, the Society of Jesus and the challenges of dialogue with the Eastern Churches*.

<sup>4</sup> Coincide con estas apreciaciones J. Vercauysse, *The Ecumenical Movement in the mirror of Santiago*.

te idea tanto de la postura corporativa de la Compañía de Jesús respecto del tema como de la repercusión que, dada la difusión mundial del texto y el estudio de que es objeto en todas las comunidades de la orden, cabe esperar de los principios e indicaciones que contiene<sup>5</sup>.

## 2. LA COMPAÑÍA DE JESÚS Y EL FUTURO DEL ECUMENISMO

Un segundo hecho que merece ser destacado como exponente de la renovación del compromiso ecuménico de los jesuitas es la celebración del XIII Congreso Internacional de Jesuitas Ecumenistas, que ha tenido lugar en Boston del 22 al 27 de julio de 1994. Con esta nueva edición se proseguía la serie de reuniones iniciada en Schönbrunn (Suiza) en 1966, y continuada desde entonces con regularidad, hasta la última en Chantilly (1989)<sup>6</sup>. Participaron en esta ocasión unos 70 jesuitas con representación de todos los continentes, si bien, por razones explicables, el grupo más numeroso procedía de los EE.UU y Canadá. Se contaban, entre ellos, profesores de teología, especialmente en las áreas más directamente concernidas por los problemas interconfesionales, así como también otros, ocupados, con dedicación más o menos preferente, a las cuestiones doctrinales o prácticas que lleva consigo el diálogo entre las iglesias cristianas.

La asamblea se desarrolló en las dependencias del Boston College, pero su convocatoria y organización estuvieron a cargo de la *Weston Jesuit School of Theology*, de Cambridge (MA). Con especial reconocimiento hay que mencionar al profesor de este centro, P. John R. Sachs, por la responsabilidad asumida en esta tarea, ejercida en todo momento con la mayor competencia organizativa, proximidad humana y generosidad en su dedicación.

<sup>5</sup> Es justo señalar que se han manifestado también algunas críticas al documento. Entre las que han llegado a mi conocimiento, recojo las sugeridas por el P. M. Hurley en *Ecumenism and General Congregation 34*. El destacado ecumenista irlandés detecta dos deficiencias estructurales. En primer lugar, el haber combinado en un mismo texto la perspectiva ecuménica y la interreligiosa. Podría darse con ello la impresión de querer construir una teología común a ambas dimensiones, enfoque que sería desencaminado. El segundo reparo toca al diálogo con las Iglesias ortodoxas, tal como aparece tratado en el documento. Aunque se rechaza el proselitismo, a juicio del P. Hurley el texto no deja suficientemente claro que una relación ecuménica es incompatible no sólo con el proselitismo, sino también con un apostolado de conversiones individuales.

<sup>6</sup> Cf. mi crónica '*XII Congreso Internacional de Jesuitas Ecumenistas*', *Diálogo Ecuménico* 24 (1989) 415-419.

Mucha parte, en el balance netamente positivo que cabe hacer de este congreso, le corresponde a él.

La *Weston School of Theology*, por su parte, ofrecía un marco verdaderamente apropiado para una reunión ecuménica. Se trata de una Facultad integrada, desde hace ya 25 años, en el *Boston Theological Institute*, un consorcio del cual forman parte igualmente otras instituciones académicas de la zona, de distinta identidad confesional: la *Andover Newton Theological School*, la *Boston University School of Theology*, la *Episcopal Divinity School*, el *Gordon-Conwell Theological Seminary*, la *Harvard Divinity School*, la *Holy Cross Greek Orthodox School of Theology* y el *St. John's Seminary*. Un enclave ecuménico excepcional, pues, donde el encuentro entre cristianos de las diversas iglesias, con la vivencia directa de los aspectos que los aproximan y los dividen, pertenece a la experiencia cotidiana.

«La Compañía de Jesús y el futuro del Ecumenismo» fue el tema escogido para centrar la reflexión de este grupo de jesuitas. Una reflexión que, como les indicaba el Prepósito General de la orden, P. Peter-Hans Kolvenbach, en el escrito de saludo y aliento que les dirigió, lejos de ignorar las dificultades, debería ser acompañada por un serio y responsable análisis,

«guiada por la convicción de que, una vez que se ha tomado conciencia del escándalo de la división, ya no es posible volver atrás refugiándose en la resignación y la indiferencia; solamente puede darse el avance por medio del diálogo y la cooperación, por el incremento de la comunión, aunque el camino sea mucho más arduo que lo que se había supuesto en el punto de partida».

A juicio del P. Kolvenbach, que cuenta él mismo con largos años de experiencia en el contacto con otras tradiciones cristianas y no cristianas, el momento de la celebración del congreso podía considerarse oportuno por su emplazamiento entre acontecimientos de no escasa repercusión eclesial y ecuménica: entre la reciente V Conferencia Mundial de «Fe y Constitución» y la inminente 34 Congregación General de la Compañía de Jesús; cuando acaba de publicarse el revisado *Directorio Ecuménico* y se encuentra en plena preparación del Sínodo de los Obispos sobre la vida religiosa; y en la proximidad del 50 aniversario de la institución del Consejo Ecuménico de las Iglesias, que sin duda tendrá la debida resonancia. Estos datos son los que inspiran al General de la orden para señalar un programa a los jesuitas:

«A través de nuestras muchas obras de carácter pastoral, educacional y académico, podemos imbuir apertura y respeto hacia otras personas y comunidades, suscitar la comprensión de realidades que son diversas de las nuestras propias y reforzar nuestras propias convicciones para que hagan provechoso un encuentro con otros».

Los participantes en el congreso concentraron sus esfuerzos en el estudio de temas concretos que pudieran contribuir a hacer realidad tal orientación. Siete ponencias básicas, una veintena de comunicaciones, amplios espacios dedicados al diálogo, intercambio de informaciones y experiencias, perspectiva sobre actividades de distintas instituciones y sobre novedades bibliográficas configuraron una intensa tarea durante los días del congreso y ofrecieron una bien aprovechada oportunidad para la intercomunicación, la profundización y la puntualización en torno a un tema cuya importancia compartían todos los asistentes. En la imposibilidad de valorar adecuadamente este nutrido volumen de trabajo, creo de interés dar cuenta, al menos, de algunas sugerencias más destacadas en las ponencias presentadas.

La de Jos Vercruysse, profesor de Eclesiología y Ecumenismo en la Universidad Gregoriana y consejero del P. General en lo relativo al ecumenismo, se proponía analizar «The Ecumenical Movement in the mirror of Santiago». A la luz de lo percibido en la conferencia de Fe y Constitución, en la que él mismo había participado en la ciudad compostelana, el P. Vercruysse hacía una llamada a la lucidez y la honestidad ante la realidad como condiciones para todo trabajo ecuménico. Denunciando la crisis de los diálogos oficiales, dentro de su indudable fecundidad, por su carácter predominantemente académico y por la ausencia o lentitud en las respuestas de las respectivas jerarquías eclesiales, el ponente apuntaba decididamente a una «eclesiología eucarística», construida sobre una «eclesiología bautismal» bien desarrollada, y constituyendo ambas los pilares indisociables de una eclesiología de comunión. Pero al mismo tiempo, teniendo en cuenta que:

«ninguna eclesiología puede ser absoluta; tiene que ser elaborada en el contexto de una teología de la creación que reflexione sobre la más profunda fundamentación de la *koinonía* de los seres humanos, creados como *imagines Dei*. Debe prestar atención a la universalidad de la invitación a llevar a su plenitud el reino de Dios, que desea la salvación de todos *ab Abel*, el Abel más lejano, y a una pneumatología que sabe de la trascendente libertad del Espíritu... Si una eclesiología pre-ecuménica pensaba en categorías bien definidas de «dentro-fuera» y en una estricta interpretación del *extra Ecclesia, nulla salus*, orientada a un juicio perentorio sobre ortodoxia o heterodoxia, una postura ecuménica sabe que hay un largo camino hasta llegar a un futuro que no está en las manos de ninguna persona viviente».

De su propuesta de una *koinonía* entendida como *mutual accountability* deducía Vercruysse consecuencias para la futura orientación de Fe y Constitución, para las relaciones entre el CEI

y sus iglesias miembros, para la asunción de compromisos y responsabilidades en la sociedad. Y a los jesuitas, en concreto, los invitaba a incorporar una cierta *forma mentis*, una actitud espiritual caracterizada por:

«una gran capacidad para escuchar y para entrar en diálogo con la vital y humilde confianza de que Dios está trabajando en nosotros mismos, sí, pero también por medio de otros, en la mayor variedad posible, en lo próximo y en lo lejano...».

El H. Jeffrey Gros FSC, subdirector de la Comisión de Asuntos Ecuménicos de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, presentó una amplia panorámica bajo el título «Reception and Roman Catholicism for the 1990's». Sus dos partes consideraban críticamente tanto la recepción del movimiento ecuménico en la Iglesia Católica como el de ésta por aquél; en ambos casos, con sus aspectos positivos y negativos. La conciencia de la necesaria conversión, y las recientes actuaciones magisteriales y eclesiológicas se cuentan entre los primeros. Entre los últimos, compartía el sentimiento de frustración señalado por Vercruyssen respecto del resultado de los diálogos ecuménicos «precisamente porque el éxito que los ha acompañado no ha contado, en el mismo nivel, con recursos institucionales para responder a él, evaluarlo competentemente o conceptualizar los pasos siguientes».

Gros veía en el carácter universal de la Iglesia Católica y en su diversidad y pluriculturalidad internas (en contraste con la dimensión nacional de las iglesias interlocutoras) un problema para la recepción del catolicismo en el movimiento ecuménico. Y sus conclusiones destacaban, como importantes, los desafíos a afrontar en el terreno institucional, que incluye a su juicio el desarrollo de la creatividad de los canonistas en el hallazgo de nuevas fórmulas para la búsqueda y fortalecimiento de la unidad, así como la multiplicación de las iniciativas de encuentro en todos los niveles por parte de la jerarquía católica; en el de la investigación teológica, con el alumbramiento de modelos plausibles y explotación de las consecuencias de la inculturación; y en el aspecto relacional, fomentando el conocimiento mutuo y la realización de acciones personales incluso más allá de lo que los cuadros institucionales pueden respaldar oficialmente.

El trabajo de Margaret O'Gara, profesora de Teología Fundamental en el *University of St. Michael's College* de Toronto, se centró en un punto muy concreto, pero de indudable repercusión en las relaciones interconfesionales: «Rethinking infallibility in ecumenical dialogue: epistemology, ecclesiology and the issue of



reception». La convicción de que determinada comprensión de la infalibilidad constituye «a strumbling block» en el avance hacia la reunión de las iglesias es sin duda compartida por todas ellas. De aquí que la ponente propusiera una reinterpretación del concepto, desde una mentalidad clásica, estática y universalizante a otra que valúe la dimensión histórica del conocimiento humano; desde su inserción en una eclesiología piramidal a su iluminación en el marco de una eclesiología de comunión.

La profesora O'Gara encontraba apoyo para su postura en la manera como han tratado el tema la Comisión Internacional Anglicana/Católica Romana (ARCIC) y el Diálogo Luterano-Romano Católico que se desarrolla en Estados Unidos. El estudio de los documentos procedentes de ambas áreas de encuentro le permitía comprobar las posibilidades de destacar en la autoridad docente los rasgos de servicio y de cuidado por una transmisión creíble de los contenidos de la fe a través de la diversidad de los tiempos, los espacios y las culturas. Pero al mismo tiempo, «la infalibilidad de acuerdo con esta interpretación integra la recepción, porque la totalidad de la Iglesia está implicada en el proceso de discernir las enseñanzas del magisterio, incluso las que tratan de puntos esenciales de la doctrina».

Una mirada «desde fuera» se le había confiado al protestante Dr. Richard Mouw, presidente del *Fuller Theological Seminary*. La ofreció refiriéndose a «Evangelicals and Roman Catholics in Dialogue»: un tema, como él mismo reconocía, recargado con mucho bagaje histórico y emocional, y quizá perjudicado por el hecho de que los evangélicos saben más sobre los católicos que a la inversa, lo que origina equívocos y confusiones por parte de éstos.

De aquí que Mouw dedicara casi más extensión en su conferencia a hablar de los puntos de vista evangélicos que del diálogo propiamente dicho. Pero también aspectos de éste quedaron aludidos, con especial referencia a lo que sucede en el ámbito californiano. Así, abogaba el orador por una mejor comprensión evangélica del culto católico a los santos y por una colaboración en la exploración conjunta de lo que significa Cristo en las diversas realidades culturales.

El P. Robert F. Taft, profesor de Liturgia oriental en el *Pontificio Istituto Orientale* de Roma, dirigió la atención de los congregados hacia la situación respecto de las Iglesias del Este: «The Catholic Church, the Society of Jesus and the challenges of dialogue with the Eastern Churches». La primera parte de su larga exposición estuvo dedicada a aclarar el complicado problema del uniatismo, a su juicio el mayor que en este momento bloquea la comunión y el diálogo fructífero con dichas iglesias. Tras los ne-

cesarios preámbulos históricos para situar el asunto, Taft ponderaba cómo el método de reunión parcial de algunas Iglesias ortodoxas con Roma, amputadas sucesivamente del conjunto de las Iglesias orientales, es visto por éstas como una conquista del imperialismo católico, y por tanto resulta absolutamente contraproducente para una buena prosecución de las relaciones.

En ese sentido, la revisión histórica del tema debería incluir

«para los católicos, un claro reconocimiento de sus responsabilidades acerca de una situación creada por sus desastrosas políticas respecto del Este ortodoxo; para nosotros, jesuitas, un claro reconocimiento del papel primordial de la Compañía en esto último; para los ortodoxos, un claro reconocimiento de la verdad en torno a los dolorosos acontecimientos de los años 40».

Detallando y fundamentando estos postulados, Taft concluía señalando el fenómeno extremadamente diversificado y analógico que constituye el catolicismo oriental, y la carencia de justificación histórica y eclesiológica que lleva consigo aplicar uniformemente el término peyorativo de «uniatismo» a todos los casos de realización de la comunión con Roma por parte de las cristiandades orientales.

El P. Taft ampliaba a continuación su horizonte para presentar numerosas sugerencias en orden a una mejora general de relaciones entre el catolicismo romano y las Iglesias ortodoxas, insistiendo, sobre todo, en el abandono del centralismo y en el desarrollo creativo de iniciativas, incluso unilaterales, por parte del primero. En la última parte de su exposición centraba su mirada en los jesuitas, contemplados por el Oriente todavía con suspicacia y desconfianza por sus actitudes y errores pasados. Sin rehuir la toma de conciencia y la asunción de responsabilidades por estos hechos, Taft animaba al realismo, la paciencia, la honestidad, la aplicación del discernimiento ignaciano, la búsqueda de contactos ecuménicos e intelectuales con las fuerzas positivas de la ortodoxia puestas al servicio del bien, la propagación de una visión equilibrada, ni acrítica ni acomplejada, de la cristiandad latina, en términos que puedan ser comprendidos y apreciados por los ortodoxos.

De total actualidad fue también el tema estudiado por el P. John F. Long, profesor de Ecumenismo e Historia de la Iglesia en el *Pontificio Istituto Orientale* y rector del *Collegium Russicum* de Roma: «The Revised Ecumenical Directory: observations and reflections». Buen conocedor de la génesis de este documento, el P. Long trazó sus principales fases para pasar luego a un comentario de algunos puntos concretos. Especial relieve daba, como es lógico en este contexto, a los artículos 50-51, en que se estimula la

actividad de las órdenes y congregaciones religiosas en torno al ecumenismo, así como la adecuada preparación de sus miembros para esta tarea.

En su valoración del Directorio, en conjunto francamente positiva, el ponente hacía notar tres aspectos como más dignos de ser tenidos en cuenta: el hecho de que la preparación del texto haya sido precedida de extensas consultas en muchos niveles, de tal manera que «el Directorio no ha sido el resultado de algunas especulaciones del Vaticano en su torre de marfil»; el que no sea una prolongación de los códigos de Derecho Canónico, sino un documento que busca conscientemente ser un instrumento de formación para todos los sectores de la vida cristiana; y el que se trate de una expresión de la Iglesia católica, basada en la comprensión doctrinal, sacramental y canónica que la Iglesia tiene de sí misma y aceptando, por tanto, que algunos aspectos quizá no correspondan por completo a la autocomprensión y prácticas de otras Iglesias cristianas.

Como último ponente, el P. Michael Hurley, fundador y presidente de la Irish School of Ecumenics de Dublin habló de «Ecumenism and General Congregation 34». La próxima celebración de esta asamblea de los jesuitas le daba ocasión para ponderar los cambios de mentalidad efectuados en los últimos tiempos, no en último lugar también gracias a la aportación personal del anterior General, el P. Pedro Arrupe, a este tema. Precisamente a él se atribuye, con razón, la decidida orientación de la Compañía hacia una proclamación de la fe indisolublemente unida con la promoción de la justicia y la opción preferencial por los pobres, tal como quedó institucionalmente plasmado en el famoso decreto 4 de la Congregación General 32 (1975). Pues bien, el P. Hurley se alegraba al comprobar que en la actualidad hay base para asignar una prioridad análoga al campo de la promoción del ecumenismo y del diálogo interreligioso. Pues

«el ecumenismo, como el servicio a la fe y la promoción de la justicia, no es simplemente un ministerio entre otros; es algo para todos nosotros y para todos nuestros ministerios, para todo el conjunto de nuestra vida y trabajo. Pero lo es como un factor de integración, como una dimensión que presenta un enorme desafío, pero no entra en competencia con los ministerios tradicionales».

Ahora bien, puesto que «nuestras almas no son naturalmente ecuménicas. El ecumenismo es una actitud adquirida, una virtud adquirida», una consecuencia práctica del criterio expuesto más arriba es la realización de lo establecido ya por el decreto 26 de la Congregación General 31 (1966) acerca de la formación ecuménica de los jóvenes jesuitas. De esa manera se adquirirá en es-

te terreno una connaturalidad similar a la que se ha dado ya, precisamente como resultado del interés prestado a estos campos en la formación, en la asimilación de una mentalidad bíblica o en la aludida inseparabilidad de fe y promoción de la justicia.

Creo que esta reseña permite comprobar, en los dos puntos tratados, hasta qué punto el interés por los temas y problemas ecuménicos conoce en la actualidad nuevas formas de revitalización entre los jesuitas. Sin duda hay todos los motivos para saludar con satisfacción y esperanza este hecho. Naturalmente su vivencia concreta será diversa según la diversidad de encuadramientos, la posibilidad real de contactos interconfesionales y de otros factores. Pero no es menos cierto que como mentalidad general es importante que vaya ganando espacio, y los datos aportados permiten, entre otros, constatar que efectivamente es así.

Una última iniciativa del Congreso Internacional de Jesuitas Ecumenistas de Boston subraya estas perspectivas de futuro, y con ella concluyo estas páginas. Los reunidos elaboraron, perfilando minuciosamente sus formulaciones, un escrito al P. General, con la posibilidad de que sea asumido por la futura Congregación General 34. En él, apelando a la fidelidad al evangelio, al Vaticano II y a la Fórmula fundacional de la Compañía, se manifestaba el deseo de consolidar la responsabilidad ecuménica de los jesuitas afirmando el carácter esencial de esta dimensión. Tras señalar críticamente las insuficiencias de las estructuras y medidas actuales, los congresistas solicitaban del P. General la creación de una comisión que estudie tales carencias y recomiende las adecuadas realizaciones, sobre todo en orden a la formación de los jesuitas, incluyendo las apropiadas experiencias, y a la extensión y divulgación de los criterios ecuménicos entre sus colaboradores y otras personas con quienes los jesuitas se hallan en contacto.

JOSÉ J. ALEMANY SJ  
Universidad Pontificia Comillas  
Madrid

## SUMMARY

The author seeks to highlight the real commitment of the Jesuits to ecumenism by analysing two important ecumenical events in the life of the Society of Jesus. Firstly, he concentrates

on one of the documents of the XXXV General Congregation held in Rome in January 1995, entitled «Ecumenical and Inter-faith Dialogue», excluding however the chapter of the document which refers to inter-faith dialogue. The document seeks to base itself on spirituality, especially on the *Spiritual Exercises*. Secondly, the author refers to the XIII International Congress of Jesuit Ecumenists (Boston 1994).